

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Luis David Meneses
lmeneses@uv.mx
Universidad Veracruzana

Carpas en el parque

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 61, julio-septiembre de 2022, pp. 32-33.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

CARPAS en el parque

Luis David Meneses

En los años que duró la enfermedad casi no tuvimos visitantes. Las carpas, flacas por la drástica reducción de su dieta, se iban muriendo a diario. Nosotros teníamos que limpiar los estanques para evitar que se propagara también aquí la oscuridad; pero llegó el momento en que las muertes superaban nuestros esfuerzos, y fue imposible mantener limpios los espacios. Las pocas sobrevivientes pululaban por las partes más profundas, esperando que las tímidas corrientes del manantial fuesen suficientes para que la muerte les pasara por encima. Adentro, la carne en descomposición impedía todo paso de la luz, por lo que intuíamos que las algas también habrían muerto. Afuera, los restos de huesos en la hoguera se apilaban entre la hojarasca, como si con ello pudiéramos dejar de pensar en lo que nos habíamos convertido: una fosa común de peces coloridos.

Sucedió un domingo de resurrección. Nosotros estábamos distribuyendo el último bulto de alimento en pequeñas bolsas de papel, en caso de que apareciese un alma perdida queriendo comprarlas para alimentar nuestros fantasmas. Lo hacíamos más por inercia que por albergar una verdadera esperanza. Entonces vimos una ráfaga de viento sacudiendo la superficie del agua. No le dimos importancia; pero a partir de ese instante el agua comenzó a aclararse, y las carpas volvieron a la vida. El parque, por fin, combatía la oscuridad. Noso-

tros, asombrados, no supimos entender esa señal. En nuestra mente solo anidaba una pregunta: ¿ahora qué le daremos a los peces?

Como atraídas por el tintineo de las gotas que salpican, comenzaron a llegar las familias. Primero, temerosas por la oscuridad que nos rodeaba; pero poco a poco el parque se llenó de nuevo con las risas infantiles y los pasos irregulares de los viejos. También, de uno a uno, volvieron los indigentes. Las carpas revolotearon de nuevo en los estanques, bajo el chorro del manantial, celebrando que la enfermedad no había curado a los humanos de su apego. Y nosotros pudimos escapar de nuestras labores sepulcrales; volvimos a mover los bultos y vender las bolsitas para todo aquel que las quisiera alimentar.

Pero una mañana, en que sacábamos la hojarasca de un estanque, tropezamos con una carpa en la orilla acanalada. Tenía mordisqueadas las aletas y le faltaba un ojo y parte de la cara. Buscamos marcas de dientes o de garras en el resto del cadáver. Habrán sido los ferales, pensamos. No hallamos nada. Aunque nos pareció extraño, acabamos culpando a las ardillas. Quizás la larga sequía de visitantes habría hecho estragos en ellas también. Cubrimos los restos con algo de arena y hojas en la composta. Volvimos a nuestras tareas habituales.

Más tarde ese día, un niño se cayó al agua y gritaba desesperado. Cuando lo sacaron, dijo entre lloriqueos que los peces lo habían mordido. Pasaron algunos días sin

otra alteración; pero la gente volvió a su costumbre de antes de la ausencia: alimentaban a las carpas con toda clase de comida. Y las carpas, como nunca, comenzaron a asomar la boca para recibirla. A los viejos les daba gracia y a los niños les provocaba curiosidad. Una y otra vez le advertíamos a todos: “No les den a las carpas otra cosa que no sea su bolsita de alimento”. Una y otra vez fuimos ignorados, una y otra vez vimos a los niños aventándoles las sobras de sus comidas menos favoritas, y a los viejos dejando trozos de tortillas frías en los estanques; aunque, en lugar de menguar, nuestras ventas iban aumentando. El público comenzó a hacer filas para comprar el alimento y dárselo a las carpas; pero también comenzó a ser extravagante el comportamiento de nuestros animales. Ahora chapoteaban en la superficie cada vez que caía algo. Se acercaban y formaban círculos concéntricos que iban y venían uno dentro de otro, como si danzaran de agradecimiento. Una danza hermosa y terrible, por lo hipnótica que resultaba.

Una noche de luna, clara como solo son las de octubre, un indigente que burló las rejas y nuestra vigilancia se acercó curioso a los estanques. Pateaba piedras hacia dentro, riéndose de los peces que se juntaban a bailar alrededor. Un proyectil aquí y otro allá, hasta que llegó al estanque más profundo. Y la noche encendió su deseo. Así que tomó algo de la hojarasca para prender fuego, juntó las marañas secas en una fogata y aguzó una rama desgajada contra el borde filoso y descuidado de una banca. Acercó su último mendrugo de días al estanque y lo tiró, preparado para asestar el golpe mortal a la primera carpa que asomara por la carnada. Los animales, quizás advertidos por el rebote de sus pasos, se mantuvieron quietos en el fondo. Solo uno se acercó a la superficie.

“No importa”, pensó el indigente, “con este haremos maravillas”. Y hundió su improvisada lanza con tanta fuerza que perdió el equilibrio y cayó dentro del agua al tiempo que el pez se sumergía de nuevo hasta su lecho. La sorpresa no le permitió incorporarse de inmediato, y para cuando supo lo que estaba pasando ya lo habían rodeado las carpas, que, prensadas de su ropa, su piel y sus cabellos, lo arrastraban en su danza con descomunal fuerza hacia el fondo. Las aguas del estanque se enturbiaron en una mezcla de lodo y sangre por el forcejeo, y el hombre no pudo ver el último rayo de luna que entraba hasta su tumba de agua porque los animales desgajaron sus párpados y vaciaron sus ojos como si buscaran tomar venganza de esas piedras con las que se había burlado de ellas hacía tan solo unos instantes.

Desde lo alto vimos la escena. Coronada por el brillo de la luna, la agitación en las aguas estremeció todo el parque. Pero de afuera, como si la oscuridad fuese impenetrable, solo llegó el resoplar del viento que dio vuelta antes de alcanzar el estanque. Nos acercamos apenas comenzó la mañana. No había rastro de la masacre de la noche. El agua prístina del manantial corría del mayor estanque a los otros, como si no hubiera una muerte que esconder. Y nosotros hicimos nuestro trabajo entre la hojarasca.

A partir de entonces, una o dos veces al mes un indigente desaparece. Nadie los extraña. Las carpas mordisquean el cuerpo por la noche y antes de que llegue la mañana nosotros cortamos los restos y los rociamos de sal. Alimentamos a las carpas por las noches subsiguientes con la carne curtida hasta que cae el siguiente. Ahora las carpas tienen colores más encendidos, deleitables para el ojo humano. Y todos se preguntan cómo nos hemos mantenido con vida duran-



Etnografías errantes 10

te esta enfermedad. Vienen para comprar el alimento para los peces en sus acuarios, sin saber de dónde viene ni lo que les espera. Nosotros lo vendemos, y al hacerlo le rogamos a los visitantes: “No les den a las carpas otra cosa que no sea su bolsita de alimento”; pero ahora también añadimos esta advertencia: “Recuerde nunca molestar a las carpas en el parque”. No

sea que algún niño se caiga y descubran todos que la vida es otra cara de la muerte. **LPyH**

Luis David Meneses es doctor en Lingüística; fanático de Chomsky, Borges y las *Eternidades*. Aficionado a observar el desarrollo lingüístico, trabaja como profesor en la Facultad de Letras Españolas. En sus tiempos libres escribe.